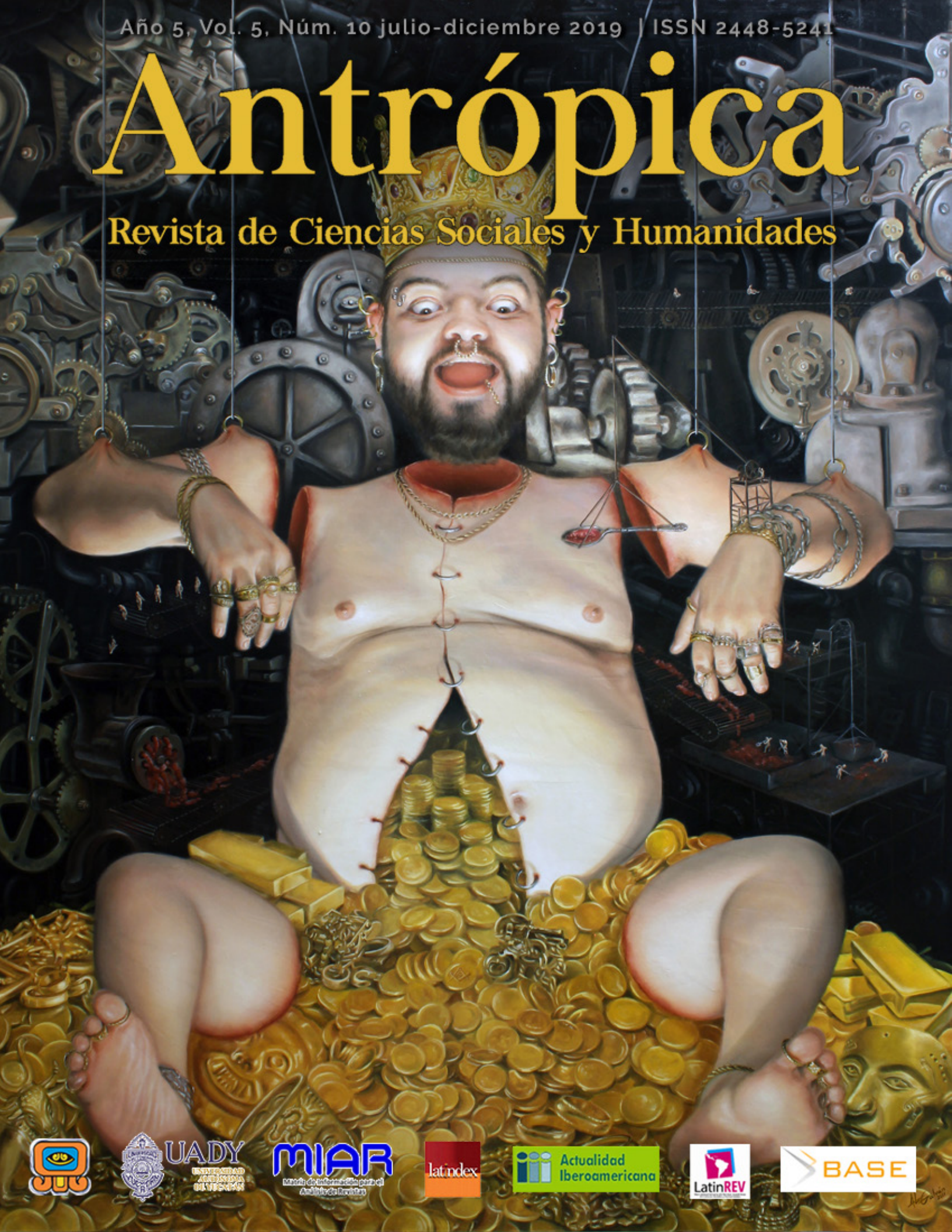


Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades





Reseña de *Historia mínima de la globalización temprana*

Review of *Minimal history of early globalization*

Itzel Rubi Díaz Tinoco

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (México)

<https://orcid.org/0000-0002-3232-6385>

diaz.tinoco333@gmail.com

Recibido: 14 de enero de 2019.

Aprobado: 7 de mayo de 2019.

Hausberger, Bernard, *La globalización temprana*. México: El Colegio de México, 2018.

Historia

Como parte de la colección de historia mínima, patrocinada por El Colegio de México con la intención de elaborar obras accesibles para un público diverso, fue publicado el libro de Bernard Hausberger, quien es doctor en historia por la Universidad de Viena y actualmente se desempeña como profesor-investigador en la institución que edita la obra. Los intereses de investigación de Hausberger rondan en la historia colonial latinoamericana y la historia global, lo que se refleja en la obra reseñada.

El libro aborda la transformación sufrida en el mundo desde el temprano siglo XVI hasta el siglo XIX, en el contexto de la expansión europea, que dio inicio desde la península ibérica y prácticamente abrió dos macrorregiones trasatlánticas: Eurasia y Mesoamérica. Estas regiones -por extensión- generaron procesos de intercambio con efectos en otras latitudes (hacia Norteamérica y África), bajo el impulso de los ibéricos, pero también de otras potencias que incursionaron en ultramar. Bajo esta premisa surgió un nuevo orden global, potenciado por el comercio y la economía, sus flujos migratorios, las materias primas, la mano de obra y los metales circulantes.

A lo largo de siete nutridos capítulos, el autor se empeña en mostrar las interacciones globales entre las mencionadas áreas desde una óptica multipolar, con lo que se aleja de la supremacía de estados y por consecuencia de la visión de la historia universal, caracterizada por el eurocentrismo. En el primer capítulo, el autor pone de manifiesto la diferenciación entre Historia Global y globalización.

Toma como base, en el primer caso, a la subdisciplina que se encarga del estudio de las interacciones trasfronterizas a escala global, sin desestimar la convergencia entre diferentes culturas y civilizaciones, su desarrollo interno y agencia dentro de las consecuentes dinámicas de poder, con efectos de larga duración. En cuanto al concepto de globalización, el autor se aboca a explicar las consecuencias de la liberalización de los mercados y la apertura en la comunicación, sobre todo por los efectos del internet a nivel mundial en la segunda mitad del siglo XX.

El segundo capítulo, “Periodizaciones de la Historia Global”, ofrece la oportunidad para que el autor establezca que, para el estudio desde esta perspectiva histórica, es necesario considerar que los cambios generados a partir de sucesos excepcionales no tuvieron las mismas afectaciones en todas las regiones, por lo que para establecer una periodización debe precisarse qué territorio y qué problema histórico nos interesa. Ahora bien, para pensar en alguna tipología posible del origen de los procesos globalizadores, la introducción contribuye con la útil exposición de algunos estudios que fijan como primera globalización el periodo que va de 1870 a 1914, en virtud del acrecentado flujo humano y comercial, mientras que otros historiadores lo adjudican a la primera mitad del siglo XIX, por identificar las primeras equivalencias internacionales en los precios.

Otros estudiosos apuntan a que lo global surge propiamente a finales del siglo XVIII, con el surgimiento de la modernidad occidental y sus expresiones, como la revolución industrial, la ilustración, entre otros factores, lo que más tarde implicaría la hegemonía occidental. En cuanto al siglo XVII, algunos destacan la presencia de numerosas crisis alrededor del mundo, las cuales podrían explicar desde las consecuencias de la circulación de metales preciosos desde América.

Respecto al siglo XVI y épocas anteriores, estudiosos como Northrup, plantean una necesaria revisión de momentos coyunturales en la historia, como lo fue el encuentro entre vikingos e indígenas alrededor del año 1000. Sin embargo, Hausberger prefiere elegir el choque cultural con consecuencias ultramarinas que se dio en 1492, con la incursión trasatlántica de Cristóbal Colón. Al respecto, refiere la aportación de Bentley, quien elabora un modelo para explicar la Historia Global, la cual, adjudica su inicio a la expansión europea. Ahora bien, para Hausberger “la historia de la globalización inició hasta que las vinculaciones abarcaron todo el globo” (p. 36), por lo que sucesos como la incursión en América, la primera circunnavegación de 1521 o el flujo de metales, no representan el inicio de la historia global. En todo caso, ésta se origina hasta el siglo XVI, al concretarse las interacciones a nivel global.

En el tercer capítulo, “Cosmografía y conocimientos del mundo”, Hausberger expone la nueva realidad a la que se enfrentó la humanidad durante



los siglos XV y XVI, al encontrarse con una concepción espacial diferente. Todo ello a partir de la observación empírica de los viajeros que ofrecían, por lo menos desde la cartografía y los relatos, una visión más realista del mundo, por medio del avance en la elaboración de mapas, dejando de lado las viejas concepciones de la distribución de la tierra y abriendo paso a una nueva geografía. El contacto con otras tierras también promovió la creación de medios para facilitar la comunicación, como la elaboración de diccionarios, iniciado por los españoles. De modo paulatino, los informes de viajeros se convirtieron en materia prima para medios impresos, lo que masificó el conocimiento sobre todo en los dos siglos siguientes, cuando la curiosidad científica y artística se hizo más pertinente desde el viejo mundo.

En el cuarto capítulo, “Imperios y estados”, el autor nos transmite la noción del peso configurativo de los imperios durante el siglo XVI hasta el XIX, ya que no solo la mayoría de la población mundial se encontraba bajo el dominio de ese sistema, sino que para el siglo XIX esa modalidad ocupaba poco más de la mitad del planeta. Los imperios funcionaban como una forma de reconfiguración espacial, política y cultural, que, a pesar de sus pretensiones universalistas, no podía salvarse de los peligros de fronteras difusas y centralización del poder, lo que propiciaba en algunos casos revueltas y, en otros, la incapacidad del imperio de controlar y defender sus territorios. Bajo la profusión de estas ideologías universalistas, la religión fue el elemento crucial para su legitimación, como portadoras, cada una, de la verdadera fe, lo que a su vez coadyuvo a la dinámica expansiva política y militar. Esta última, nutrida siempre de las novedades tecnológicas armamenticias. Si bien, durante los mencionados 400 años existió una ponderación hacia el imperio (factor clave de la globalización temprana), el autor también recuerda el surgimiento de pequeños Estados nacionales derivados de distintas causas ideológicas, comerciales, políticas, estratégicas, entre otras. Los cuales, según Bayly, serían esenciales para la globalización moderna.

El capítulo cinco, “Religión y misión”, trata sobre la dinámica expansiva de las religiones universalistas como la católica, que tras a la apertura trasatlántica dirigió sus esfuerzos hacia la evangelización a través de las misiones franciscanas, dominicas y agustinas, ya que, como se planteó anteriormente, en el imperio la religión fungía como elemento legitimador, por lo tanto, aceptar la religión equivalía a aceptar la dominación. La misión se convirtió en parte clave de la colonización, no solo desde el aspecto de la conversión religiosa, sino de la cultura autóctona, legado de la conquista romana y cristianización europea, que daría paso a la occidentalización. En suma, los ibéricos pretendían mantener un sistema de castas equiparando la clase campesina a la función de los indios, dando pie a concepciones racistas. Siglos después, se potenció desde el racismo científico y el darwinismo social, revitalizando la idea de la superioridad europea.



Religiones protestantes contemplaron la conversión hasta finales del siglo XVIII, enviando misiones a la India, Groenlandia y Norteamérica. De igual manera, la movilidad desencadenada de las migraciones voluntarias o esclavistas dieron origen, por ejemplo, a los sincretismos religiosos o la regionalización de la fe.

En el capítulo seis, “Expansión mercantil y división global del trabajo”, Hausberger aborda la relevancia de la tierra cultivable. Entre el siglo XVI y siglo XVIII, la tierra se convirtió en botín de guerra, tanto en el viejo mundo como en América, aunque existía la preocupación por parte del imperio por impedir la acumulación de riqueza o el surgimiento de una clase feudal poderosa. Sin embargo, sobre todo en Norteamérica las exigencias del comercio global, posibilitaron la economía de plantaciones, abriéndose paso por medio de rutas marinas y apuntalando la innovación de barcos y el desarrollo de rutas comerciales, aunque se debe señalar que el cuidado de las rutas, terrestres y marinas, así como la tecnificación de las artes náuticas se desarrolló en Eurasia desde el siglo XII. Para el siglo XVI ya existía una fuerte red de intercambio comercial entre Eurasia y África, en donde circulaba desde productos de lujo hasta algodón crudo tazados con sistema monetario (principalmente oro y plata). La incorporación de América a la red abrió rutas no solo por el Atlántico, para 1570 ya se utilizaba la ruta Acapulco-Manila a través del océano Pacífico, de igual manera, la incorporación sumó a la fluctuación de metales como medio de transacción.

Si bien, las rutas marinas se vieron en constante amenaza de piratas, también se dio un gran esfuerzo por eliminarlos o controlarlos, lo que propició que para el siglo XVIII se viviera un clima de relativa seguridad marítimo comercial, con excepción de los tiempos de guerra. Con ello, los comerciantes particulares lograron una mejor rentabilidad. El autor llama a este aumento de intercambio global una “revolución comercial”. Fue en este mismo siglo que las ideas de teóricos como Adam Smith fueron en cierta manera adoptadas para favorecer la liberalización del mercado.

De modo gradual, productos antes reservados para población privilegiada, fueron más fáciles de adquirir por el grueso de la población, lo que trajo consigo un cambio cultural y moral, en donde la adquisición de bienes se convirtió en virtud económica y social, aunque se debe mencionar que los productos de imitación y la sustitución de importaciones también fueron en aumento, lo que coadyuvó a la producción manufacturera.

En el último capítulo, “Actores sociales en movimiento”, el autor destaca el flujo de personas consecuente de las interrelaciones creadas desde el siglo XVI como parte de la globalización temprana. Para Bayly, las primeras confrontaciones multiculturales originadas principalmente en los puertos, son parte de la globalización arcaica. Sin embargo, no se puede hablar de una migración de masas hasta finales del siglo XIX.



La migración, como parte de la globalización temprana implicó el sometimiento de la población autóctona, la miseria esclavista, la confrontación con realidades adversas de los blancos pobres, entre otros factores que se convirtieron en caldo de cultivo para el estallido de revueltas y rebeliones, sin dejar de lado la propagación de enfermedades y la desaparición de rasgos culturales identitarios. La mezcla, producto de las migraciones, originó un cambio perdurable a nivel global. Como se pudo observar durante el recorrido por las ideas principales del libro, el autor busca salir de las concepciones teleológicas de mirar a la modernidad como consecuencia del predominio occidental, bajo la mirada eurocéntrica de la historiografía, al exponer las interrelaciones globales entre los siglos XVI y XVIII. Por lo que su lectura, sin duda, resulta necesaria para comprender los alcances de la subdisciplina, ya que contrasta de manera puntual las observaciones de estudiosos del tema, abriendo un nutrido debate, tanto de delimitaciones sobre su periodicidad como de los factores que dieron origen a lo global.

De igual manera, resulta pertinente mencionar que si bien uno de los propósitos de la historia mínima es la elaboración de textos accesibles para un público no necesariamente familiarizado con las novedades historiográficas, la lectura de la obra sí requiere de cierto bagaje para hacer más digerible el texto, ya que el autor maneja una compleja trama de eventos que es conveniente colocar en tiempo y en espacio, por lo que la lectura parece más bien dirigida a historiadores y estudiantes de historia, quienes además podrían identificar algunos posicionamientos metodológicos de utilidad para analizar algunas claves de la historia global. ☼

